

POST-GUERRA

(Cuento cuyo final puede ser cambiado)

A los corajudos amigos bosnios (de origen croata, serbia, musulmana o judía), gente que sigue creyendo en la amistad y en un mundo de paz

En cada mañana bien temprano, en aquel pueblo mudo, resuena un grito gutural de dolor, un dolor profundo y demasiado humano, una exclamación desesperada de pavor. No se escuchan más las canciones que venían de las mezcuitas, ahora vacías, violadas, humilladas, ni las campanas de la única iglesia, azotada y callada. Pero hay siempre aquel grito gutural, húmedo, vehemente como el sonido de la muerte perpetrada por los verdugos medievales en sus guillotinas obscenas delante de muchedumbres aturcidas y silenciosas.

Él abre los ojos, ah, como si la pesadilla se hubiera terminado, y las manos todavía siguen manchadas de sangre, húmedas y pegajosas de sangre, y vívidas, manos que no duermen nunca, tienen su propia vida, su propio tiempo, se encuentran estacionadas en los discursos totalitarios, nacionalistas y mentirosos. Esas manos han adoptado tales discursos con tanta convicción... Esas mismas manos que amasaban la masa del pan, las mismas. Esas mismas manos, con una delicadeza cruda y tosca, que rellenaban de queso pasteles de mil hojas. Esas manos que supieron preparar dulces con manzana y nueces. Manos asesinas, manos que sangran culpables y acumulativas en cada mañana, bien temprano, de manera inexorable. Tal vez para siempre.

Su grito intenta ser un clamor a la vida, esa vida perdida, odiada y miserable que ya no existe en aquel pueblo. Sí, gente hay, extraños unidos por la pertenencia a un grupo étnico, robots humanos que caminan de aquí para allá sin hacer ruido. Son seres que ocupan los huecos dejados por la guerra en el pueblo. Tales personas a veces sonríen, ellos sonríen sin sonreír, y jamás lloran. Alguien dijo que allí nadie duerme, pues en sus almohadas hay piedras gigantes y muchas espinas en el colchón, además del peso de los corazones. Y cuando el grito, el grito de aquel hombre cuyas manos gotean sangre, del pobre hombre que una vez dejó de sí mismo a fin de creer en los otros, en las órdenes de otros, hombre quien aceptó las armas y el odio que se le pusieron en las manos, que estuvo de acuerdo con falsas consignas y falsas acusaciones, que miraba a sus vecinos con recelo, los mismos vecinos quienes compraban su pan, los mismos vecinos quienes lo invitaban a cenar cuando la soledad, implacable, le golpeaba a él en el pecho.

En el pueblo hoy en día mudo, el grito de esta mañana es aún más grave. Inapto para manejar su desesperación insoportable, el hombre corta sus manos ensangrentadas con una guillotina casera. Llorando en consecuencia al hallazgo reverberante de que, aún así no se ha librado de la culpa, entierra sus manos en el jardín como si fueran semillas. Semillas, quizás, de un mundo sin mentiras, sin odios, sin manos asesinas. Él las riega con la sangre buena que gotea de sus muñecas y, finalmente, duerme como un ser humano de nuevo. Por lo menos, en ese momento.

Desde entonces, nunca más el pueblo ha producido algún sonido y su aurora sigue siendo gris y silenciosa, como un destino inevitable.

M^a. Fernanda Vomero (Servas Brasil)